

MANUEL ALBO

(1886-1935)

Dr. Julio Nin y Silva *

La directiva de la Sociedad de Cirugía me honra pidiéndome una rápida semblanza del profesor doctor Manuel Albo y aunque podría admitirse que me comprenden las generales de la ley, dada la fraternal amistad que nos unió durante 31 años, accedo gustoso a esa solicitud para hacer conocer a la nueva generación los destacados perfiles de un hombre cabal, un profesional y un profesor de excepción.

Manuel Albo era español, nació en Vivero, modesta población de Galicia, el año 1886 y falleció el año 1935. Su tío paterno, don Isidro Albo, comerciante en el entonces pueblo de Santa Lucía, lo trajo al Uruguay el año 1891. Su tío, casado con una uruguaya que no le dio hijos, adoptó a Manuel como tal, dándole educación amplia, primero en la escuela local y luego lo internó en el Seminario de Montevideo, donde cursó hasta 6º año de bachillerato. Su salida del seminario, donde fue el más destacado estudiante de este colegio, fue motivada por la absurda conducta de un sacerdote que sancionó travesuras de estudiantes que Albo no quiso delatar. Y así Albo fue a terminar su 6º año de bachillerato en la vieja universidad de la calle Cerrito, donde yo le conocí. Dotados ambos de carácter independiente, franco, firme e incapaces de mentir y los dos muy amigos de los libros, en especial de historia y literatura, nos reuníamos a menudo a leer con entusiasmo poesías de poetas españoles y criollos, que luego repetíamos de memoria en nuestras caminatas.

Albo tenía una inteligencia viva, despejada, con poco esfuerzo aprendía todo y gracias a su gran memoria todo lo retenía; temperamento valiente sin temeridad, gran observador, de conversación amena, discreto en todo momento, se hacía querer por todos sin mostrar fácilmente sonrisas, pero en la intimidad era afectuoso, sensible y de una generosidad sin límites. Demócrata y sencillo, sonreía piadosamente de los compañeros petulantes que se figuraban ser los primeros por su riqueza o por sus abolengos. Albo fue siempre el primero en las clases y el primero en los exámenes de fin de año, pero jamás hizo jactancia de sus triunfos. Ingresó

en la Facultad de Medicina en el año 1905, estudió anatomía con pasión y fue disector sin nombramiento para todos sus compañeros.



*Prof. Manuel Albo.
Foto tomada por el autor en 1920.*

* Rev. Cír. Uruguay, Vol. 38, N° 3-4: 111-113, jul./dic. 1968.

Albo se presentó al concurso de profesor de la Escuela de Enfermeros, ganó el puesto que lo ejerció durante cuatro o cinco años; más tarde fue designado prosector de operaciones, puesto que conservó hasta la terminación de su carrera.

En 1910 se celebró en Buenos Aires el primer Congreso Americano de Estudiantes y él fue el delegado uruguayo por los estudiantes de medicina, nombramiento plebiscitado y obtenido por unanimidad en una numerosa y célebre asamblea. Terminada su carrera fue nombrado en seguida médico interno del hospital Maciel, realizando al día siguiente y con todo éxito una delicada operación de urgencia. Por su brillante actuación en los estudios ganó la beca del Ministerio de Relaciones Exteriores, beca que se otorgaba una vez cada dos años al mejor estudiante de todas las facultades. Utilizando esa beca viajó por Europa, recorriendo las principales clínicas quirúrgicas de Francia, España e Inglaterra y después se trasladó a Norte América, visitando los hospitales de Nueva York, Filadelfia, Boston y Chicago, deteniéndose luego en Rochester, Minnesota, en la clínica de los hermanos Mayo.

Al regreso de su instructivo viaje se le otorga en forma definitiva uno de los cuatro puestos de médico interno del hospital Maciel, puesto que ya había ocupado interinamente. Al mismo tiempo fue nombrado cirujano adjunto de la sala Mateo Vidal, servicio del doctor Lengua, y asistente de la Clínica Quirúrgica del doctor Alfonso Lamas, cargo que ocupa hasta el año 1926 y pasa a actuar luego en el hospital Pasteur, servicio del doctor Ernesto Quintela.

Ocupa interinamente la cátedra de operaciones, pero en seguida se presenta al concurso de oposición para clínica quirúrgica y ortopedia, recién creada, pero es nombrado directamente ante el retiro del otro candidato opositor.

Realiza en los cuatro años siguientes, dos viajes a Europa, en 1929 y en 1931, se interesa mucho en cirugía estética, con los doctores Veau y Morestin, en París, y luego se traslada a Bolonia para trabajar en el célebre Instituto Rizzoli junto al profesor Putti.

A su regreso, rota del puesto de cirujano de urgencia del hospital Maciel, al puesto de jefe de Servicio Quirúrgico del hospital Pasteur, puesto vacante por fallecimiento del doctor Ernesto Quintela. En 1932 es nombrado cirujano traumatólogo honorario del Hospital Militar. En 1918, al iniciarse la Sociedad Mutualista Casa de Galicia, su fundador, el señor Barreiro, ofrece a Albo la dirección del Sanatorio, la que aceptaría si el que esto escribe lo acompañara; y así acepté con la condición de trabajar gratuitamente, ya que la razón que nos llevaba era un sentimiento racial para él y sólo para mí un sentimiento amistoso con Albo.

Otra mutual importante, la Sociedad Española, quiso contar con nuestra colaboración, yo me resistí acompañarlo, pero le aconsejé que aceptara, que yo aliviaría su labor en Casa de Galicia, aceptó ese temperamento y fue más tarde, operando en aquella sociedad, donde se inició el mal que lo llevó a la muerte.

Junto a su vida hospitalaria y a su labor docente en la Facultad de Medicina, tuvo una faz política muy activa que lo llevó a ocupar por dos veces una banca en la Cámara de Diputados, representando al Partido Blanco; era jefe de un grupo de jóvenes que veían en él un ciudadano ejemplar y esos jóvenes más tarde ocuparon los más altos puestos en el gobierno de nuestro país. Su actuación en la cámara fue correcta y valiente, y aplaudida muchas veces por colegas del sector colorado; salió de la cámara sin dejar enemigos y apreciado y valorado por todos.

Era gran amigo de la campaña y del arte cinegético y en cierta ocasión sufrió un grave accidente que casi le cuesta la vida; se escapó un tiro al cruzar un alambrado y el proyectil le interesó la parte interna del brazo y antebrazo derechos con sección del nervio cubital y herida de la humeral, herida que tapaba un chumbo. Creyó que terminaba con esto su vida quirúrgica, felizmente la sutura lateral de la humeral y la restauración del cubital seccionado totalmente nos llevó a un triunfo completo al cabo de dos años.

A los cuatro meses del accidente operaba manejando el bisturí con la mano izquierda; se diría que él preveía este accidente, ya que desde hacía más de tres años se le ocurrió practicar el manejo del bisturí y de la pluma con la mano izquierda por si llegara a perder la derecha, y esa absurda ocurrencia vino a favorecerle más tarde.

Sólo una resistencia física de excepción podía soportar esa múltiple labor: en el hospital en su rol asistencial, en su rol docente como profesor, en sus tareas privadas y en las mutuales, como en su abundante trabajo particular.

En su época fue Albo el más destacado y más completo cirujano de su generación; gran lector y con un poder de selección y asimilación extraordinarios, estaba siempre al día del ambiente quirúrgico francés, inglés y norteamericano. Tenía gran manualidad en el campo operatorio y gran capacidad para tomar decisiones riesgosas frente a situaciones nuevas inesperadas que ofreciese el paciente. Cualesquiera fueran sus obligaciones en asuntos extraprofesionales, no dejó nunca de hacer la contravista nocturna a sus operados de la mañana, consagrando al postoperatorio la misma atención y cuidados que en el acto operatorio.

Gran clínico, frecuentemente era llamado en consulta por diversos colegas, cuando se presentaban en nuestro medio afecciones raras o delicadas.

Fue gran amigo de los jóvenes estudiantes, muy generoso con ellos y éstos acudían en gran número a sus interesantes lecciones clínicas que daba siempre junto al enfermo; muchos de esos discípulos, hoy profesores, recuerdan agradecidos su bondadosa ayuda en el aprendizaje quirúrgico. Lamentablemente escribía poco, pero ya en plena madurez estaba decidido a reducir sus agobiantes tareas para publicar trabajos que ya tenía planeados.

A su regreso del Congreso Argentino de Cirugía, en octubre de 1935, donde le tocó presidir algunas sesiones, vino decidido a escribir y publicar el resultado de su gran experiencia clínica y operatoria, por desgracia una septicemia a estreptococo hemolítico tronchó su vida el 6 de noviembre de 1935, tenía 49 años.

La muerte de Albo fue en verdad un duelo nacional: en su velatorio desfilaron todo lo más representativo de la ciudad y de todos los partidos y su entierro fue acompañado por una inmensa masa ciudadana.

Fue Albo un hombre dotado de atributos que excepcionalmente se ven reunidos en una persona: inteligencia extraordinaria, carácter inquebrantable, intransigente con el mal y la mentira, valiente y bondadoso, demócrata sincero, modesto al máximo y detrás de su aparente hosquedad tenía un fondo afable y generoso.

Sus amigos reunieron una suma de dinero que fue entregada a la Facultad de Medicina para que con los intereses costearan la beca que llevará su nombre para premiar un trabajo de un tema de traumatología en un concurso entre jóvenes cirujanos.

La municipalidad dio su nombre a una avenida y en ella se colocó, como representativo de su carácter férreo e inquebrantable, una columna de granito con una sola inscripción que todo lo resumía: Manuel Albo.